NARRATOLOGIA Y PERSUASION EN EL "DISCURSO A LAS JUVENTUDES SOCIALISTAS UNIFICADAS"

José María Nadal
Universidad del País Vasco

Este análisis describe cómo se articula la significación en el "Discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas". Es un trabajo que se circunscribe al enunciado.

Objetivo

Por lo tanto, no investiga cuestiones referidas a su producción, enunciación o recepción. No se atiende, pues, a las relaciones entre este texto y otros textos —literarios o no— de Antonio Machado. Tampoco se tratan las relaciones —intersemióticoverbales— entre el "D.A.L.J.S.U." y otros discursos de la misma época, de otros autores. Asimismo, se consideran fuera del propósito, las condiciones sociales, culturales y económicas en las que ese texto vio la luz.

Todo ello, supone, en absoluto, la infravaloración de la significación ligada a la enunciación del "D.A.L.J.S.U.", sino la elección de un objeto de estudio diferente.

Además, en la medida en que esos enunciados del contexto —la obra de Antonio Machado, su vida, sus circunstancias culturales, históricas— son pertinentes en la enciclopedia semántica o en el universo semántico del lector implícito en el "D.A.L.J.S.U.", ya forman parte de su significación: su análisis resulta necesario y se practica. Si bien el único objetivo es el enunciado, el Sujeto que lleva a cabo la descripción debe ser competente en el épistémé de la España de 1937.

Como el artículo se ciñe a las estructuras del sentido, no presenta el estudio de la expresión lingüística. Sin embargo, como se sabe, este es el único camino para acceder al contenido en un discurso "verbal" "gráfico" —como el que conocemos— y su análisis previo es necesario.

Presupuestos y Materias

La significación de este "D.A.L.J.S.U." —igual que la de cualquier fenómeno— puede parafrasearse —con "vocación científica"—, identificando las rela-

ciones dinámicas que mantienen las unidades de su forma del contenido, unidades no directamente observables, como todo lo que afecta al sentido.

Estas unidades se conciben aquí, agrupadas según diferentes niveles de abstracción y según distintos puntos de vista, de acuerdo con una Teoría General del Discurso. Los diversos planos y perspectivas del análisis pueden generarse los unos desde los otros, "convertirse" entre sí. De tal modo, el sentido descrito no es heterogéneo, sino unitario, en conformidad con la hipótesis de que este "D.A.L.J.S.U." es una totalidad de sentido, y no una adición dispar de palabras, frases, párrafos, entonaciones.

El artículo va a ocuparse de la *elocutio*, del "iconismo" y de las anécdotas relatadas. También, en una perspectiva narratológica abierta, de los Sujetos del enunciado explícito o en él explicitable, de lo relativo a la llamada "focalización" o "punto de vista" y de otras cuestiones propias de la *dispositio*.

Asimismo, va a tratar del contrato o marco de comunicación entre el destinador y los destinatarios del discurso; y de la semantización particular de ciertos signos que aparecen en el texto, de cómo el "D.A.L.J.S.U." modela y altera su sentido habitual. Llegaremos así a las categorías semánticas más abstractas y generales.

Abordaremos después, cómo el texto utiliza los valores cognitivos; y también los procedimientos a los que recurre para resultar implícitamente "verdadero", convincente. Finalmente, los programas o acciones que el discurso propone y las estrategias mediante las que lo hace. Es decir, el "Discurso" como herramienta de manipulación con la que el enunciador implicado —o autor modelo— persuade a su enunciatario implícito y al mismo tiempo construye su interpretación, para que luego el receptor efectivo, empírico, adopte ese papel prefabricado, y la comunicación sea fructífera.

Elocutio y Manipulación "Prepropagandística"

En los discursos propagandísticos, la *elocutio*, igual que el resto de los componentes de la significación, está subordinada al hacer persuasivo, al *hacer hacer*. No es pues la actividad retórica del enunciador implícito un nivel independiente de los demás, sino interrelacionado con todos ellos.

Conviene distinguir bien entre la antigua semiología retórica, que se limitaba a identificar y denominar las figuras, y el nivel discursivo-retórico de una Teoría de la Significación, que integra el hacer elocutivo en el hacer general del texto. No la *elocutio* del "D.A.L.J.S.U." en sí, sino las estructuras concretas que ligan la *elocutio* con la *inventio* y con la *dispositio*.

La mayoría de las figuras de nuestro texto están al servicio de lo "prepropagandístico", de atraer y mantener al espectador implícito, de captar y mantener su atención, para que, "una vez" se haya transformado en un receptor implícito que desea —*quiere*— serlo, aparezca la persuación política en sentido estricto —lo "propagandístico"— y desarrolle sus recursos. En el "D.A.L.J.S.U.", la persuación política presupone, pues, el cambio del oyente implicado, su paso al —*querer*— serlo. Antes —antes, en sentido lógico—, antes de lo político está, digámoslo así, el espectáculo de la palabra que agrada o inquieta, pero que se hace oír.

En ese modificar la modalidad volitiva del enunciatario implícito en el "Discurso", lo elocutivo es fundamental. Las figuras sirven a lo "prepropagandístico" porque provocan placer y hacen que el "D.A.L.J.S.U." guste. Estetizan su forma y, como se sabe, lo artístico es más persuasivo que lo que no lo es. Como también densifican la forma, aumentan la capacidad de manipulación —de *hacer hacer*— del lenguaje de A. Machado. La abundancia deliberada de figuras —en la medida en que supone una diferenciación cualitativa y cuantitativa con los lenguajes no básicamente elocutivos— da energía al texto, como decía Barthes.

Lo lúdico de la *elocutio* se emplea como recurso manipulativo: la atracción del juego. A la vez, las figuras luchan contra la des-semantización que el uso cotidiano del lenguaje provoca. Esta alocución, sin sus figuras, se haría banal, poco valiosa como discurso y, en consecuencia, de menor eficacia política. Como es sabido, el sentido general de las figuras se conoce desde Gorgias y, como recordaron los estructuralistas "franceses", ya Aristóteles había puesto de manifiesto la importancia de la *elocutio* en la persuasión de masas.

Más de cien figuras aparecen en tan corto enunciado. Desde la falsa paradoja inicial —que habla de jóvenes que no lo son y opone la juventud de edad a la del espíritu— hasta el paralelismo que cierra el "Discurso" —anteponiendo dos construcciones sintácticas de justificación causal a las proposiciones principales —"Yo os saludo (...). (...), contáis (...)— y situando en posiciones semánticamente equivalentes "jóvenes verdaderos", "socialistas" y *unificados*, de un lado, y "cordialidad", "simpatía" y "admiración", del otro, desde su apertura hasta su fin, el texto desgrana infinidad de oposiciones y paralelismos, graduales o categóricos, entre las unidades del contenido. La abundancia de este doble recurso se debe a la claridad y al didactismo que obtiene de él el enunciador implícito.

Didactismo

Así, lo elocutivo no contribuye a la creación de un enunciado con valor autotélico, sino de un texto transcendido por la misión política. Antonio Machado no quiere hacer en el "Discurso" literatura ni "ficción". Separa y contrapone una y otra vez lo que considera positivo de lo que cree *peligroso*: el buen consejo —sé joven—, del malo —hazte viejo pronto—; la "educación perversa", de la *buena*; la preocupación por la "pureza de la niñez", de la falta de cuidado por la de la juventud; el "respeto", de la "idolatría"; los plazos naturales, de los que los contravienen; la opinión personal, de la creencia común; el "vosotros", de "los demás"; el ser, del parecer; el creer, del hacer como se cree; los valores colectivos, de los individuales, etc., etc.

Los sememas del enunciado pueden relacionarse entre sí de ese modo o por paralelismos basados en diversos grados de conformidad de sus semas: "en los momentos de peligro" / "en tiempo de guerra y de tempestad"; "la guerra y la tempestad" / "los capitanes y los pilotos"; "todos los escombros de la rancia política en estado de derribo" / "toda la cochambre de la inagotable picaresca española"; "tal vez porque soy demasiado romántico" / "por el influjo acaso de una educación demasiado idealista"; "cuerpo averiado" / "alma decrépita"; etc., etc.

Esta base de categorías comunes que permite los paralelismos semánticos —acompañada de una conformidad de clases morfológicas y sintácticas que permite los paralelismos morfosintácticos en la expresión— facilita una elegante redundancia, de finalidad pedagógica, muy atenta y comprometida con el *tú* del narratario.

Los paralelismos son a veces anáforas que sirven para recordar el hilo expositivo y enfatizarlo: "Yo las conozco bien" / "Los conozco bien"; "Y son esos mismos" / "son esos mismos también"; etc. A veces hay paralelismos de especificación semántica gradual, de intensificación: "uno de los más grandes pecados" / "el más grave" / "el gran pecado".

Además de la función "prepropagandística", la más significativa y presente en las figuras elocutivas utilizadas es la didáctica; de ahí la inflacción de paralelismos —por identidad, parcial o total, o por oposición, parcial o total— que mantienen la copresencia de sus elementos. Las figuras manifiestan una peculiar ausencia de complejidad; por ejemplo los *oxímorons* "juventudes viejas" y "mansa indisciplina", desmenuzados claramente por el narrador; la *preteritio* de la "disciplina", que luego comentaremos; las imágenes ejemplificadoras y tópicas.

Ilusiones referenciales y anécdotas

Junto a lo elocutivo, y, en cierta medida, formando parte de ello —pues, accidentalmente, son tropos— el "Discurso" también utiliza para captar y mantener al destinatario implícito la "iconicidad". "Iconicidad" no en el sentido de Peirce, sino en el de efecto o impresión ilusoria de "realidad", de figurativización "realista"; un efecto de sentido que puede conseguir cualquier lenguaje, incluido el verbal. Esta ilusión referencial que encarna los temas abstractos y los semas más generales en sememas que se refieren, por intersemioticidad, a las cosas del mundo natural, a lo perceptible, aparece en el recorrido figurativo de lo militar y lo naval a propósito de la disciplina; en el del material de derribo, que se despliega al hablar de Lerroux, modelo de vejez espiritual, descrito también como "ramera averiada y reblandecida"; en el del *andar* que sólo tiene dos sememas: "camino" y "ruta", que invisten plásticamente la construcción de la justicia social; y en los dos animales que dan cuerpo a los valores más negativos, los de la *vejez manceba*: "rata de sacristía", "flor de patinillo" y "lombriz de caño sucio". La disciplina se "iconiza" en lo militar —los "ejércitos", las "filas", los "desfiles", los "capitanes", los "mercenarios", los "estandartes", etc., —y en lo marítimo— las "naves", los "pilotos", el "timón", la "tempestad", etc. Las acciones de la vejez se *figurativizan* en la "cochambre" y los "escombros", que se "acarrean" y se "amontonan", formando la "base" de "derribo" *"ensanchada"*.

Estas "iconizaciones" metafóricas y metonímicas cumplen también la segunda misión de las demás figuras elocutivas: asegurar la comprensión de las categorías no figurativas que articulan el nivel profundo del texto. *Docere et delectare*, de nuevo de la mano, aunque el placer de lo que parece "real" —de lo que el texto hace "ver"— se subordine a lo político.

Para ganarse la voluntad de serlo del lector u oyente, para crear un lector modelo que quiera escuchar o leer, el texto acude también a lo anecdótico. No sólo recurre a las figuras "realistas" que personifican lo abstracto, sino también a

su escenificación, a su conversión en actantes de pequeñas acciones. Los falsos jóvenes *desfilan*, generación tras generación, delante de los ojos del narrador, levantan estandartes, *venden y traicionan* a su patria y quieren degenerar a los jóvenes verdaderos. Estos hacen sacrificios y velan por el buen nombre de sus mandos. Las pasiones antiindividuales manejan a los viejos. Los valores colectivos guían el gobierno de los jóvenes republicasos. Lerroux vuelve a la política corrupta prerrepublicana.

La sintaxis narrativa de estos enunciados es muy sencilla; más que la distribución de funciones y modalidades entre los Sujetos, lo que nos interesa es la relación entre estos enunciados y el hacer general del narrador y del enunciador implícito. Para ellos, el relato de estas acciones constituye la patraña, la conseja: artilugios que entretienen a sus destinatarios. Y el relato es también una manera de dinamizar mediante programas narrativos un universo de valores marcados, axiologizados: los eufóricos y los disfóricos.

El enunciador implícito renuncia a la producción del efecto de intriga. Las anécdotas —que repiten esquemas narrativos y temáticos comunes— están enmarcadas por una historia unitaria y bien trabada cuyos Sujetos son actantes no figurativos: el deber ser, el deber hacer, la vejez, la juventud, el socialismo, la reacción, etc. Una historia unitaria figurativa hubiese podido jugar con el *qué pasará* como elemento "prepropagandístico". Aquí, sin embargo, la historia no figurativa global no puede tentar al enunciatario implícito con un saber retenido hasta el final. Los enunciados narrativos parciales, además de no constituir un mismo programa narrativo general más que en un nivel no figurativo superior, están reducidos a una textualización mínima, a un "resumen".

Esta renuncia a desarrollar un programa narrativo unitario con Sujetos figurativos es una tendencia del discurso político contemporáneo, no una invariante estructural del género. El discurso religioso, en muchos aspectos similar al político, es capaz todavía de elaborar parábolas, en las que aparentemente predomina la *historieta* y lo "prerreligioso" en general, pero en las que la anécdota unitaria no es sólo lo que capta y mantiene la atención, sino que está imbuida de un discurso moral camuflado, conforme con el discurso "religioso" final o preliminar; tanto es así, que, a veces, este discurso directamente persuasivo puede no aparecer.

Manipulación "Propagandística"

Gracias pues a la *elocutio*, al "iconismo" y a las anécdotas, el "D.A.L.J.S.U." transforma un *no querer no ser* receptor inicial del enunciatario implícito en un *querer serlo*. Para que *quiera* o *deba* ahora actuar en un determinado sentido, el enunciado pone en pie otra serie de estratagemas.

Para *hacer que alguien haga algo,* para *hacer hacer*, el Manipulador —palabra que en semiótica no tiene connotaciones negativas—, es decir, el que *hace hacer*, el que intenta persuadir a alguien para que *quiera* o *deba hacer* algo y lo haga, debe resultar creíble al Destinatario de su manipulación, al Sujeto que recibe el hacer persuasivo.

En nuestro "D.A.L.J.S.U.", el enunciador implícito es el manipulador, como en cualquier enunciado, pero de modo diferente al de muchos enunciados, es un

autor implicado por el texto que se "identifica" con el narrador, es decir, con el Sujeto del enunciado explícito —y elíptico o explicitable en el mismo enunciado— que puede decir *yo-ahora* y sostener, como de hecho hace, que es el responsable del texto. Esta conformidad es habitual en discursos de expresión verbal oral que no son "literarios".

La falta de distancia entre el enunciador efectivo —el hombre Antonio Machado—, el enunciador implícito en su "Discurso" y el narrador, una conformidad típica de la "no ficción", de lo "auténtico", al alejar la comunicación del marco de lo "literario", produce en el enunciado el efecto de "verdad". Además, le permite al narrador y al enunciador implícito gozar de una jerarquía moral e intelectual sobre sus destinatarios.

En efecto, en el texto, el narrador, que no renuncia a llamarse Antonio Machado, aunque no pronuncie su nombre, aparece capacitado de entrada para hacerse escuchar, para aconsejar, para juzgar y para que se estimen en mucho sus elogios. No es un narrador que deba adquirir primero ese *poder hacerse oír* y ese *poder opinar* o elogiar, sino que arranca ya, dotado de antemano por el texto, de un reconocimiento de su narratario. En el enunciado, el narratario aparece inferior en sus competencias al Destinador-narrador. La primera estrategia adoptada por el enunciador implícito para resultar convincente ha sido la de establecer un contrato comunicativo —entre el narrador y el narratario— en el terreno de la "no ficción". Aprovecha así la intersemioticidad entre el autor empírico Antonio Machado y el narrador; como aquél está investido socialmente de un *poder* y un *saber hablar*, orientar, juzgar, etc., el segundo, el narrador, disfruta ya, desde la primera línea, de la misma competencia.

En función del mismo objetivo, el narrador se manifiesta ostensiblemente en su enunciado, no esconde su *yo*, no oculta nada. No cuenta las cosas "como si se hablasen por sí solas" o como si no fuese importante que sea él quien las diga. Al contrario, revela insistentemente su papel de constructor del enunciado, de modo parecido al de la comunicación oral cotidiana. Adopta una posición de *falta de artificio* y de *sinceridad*, con la que juega a su favor.

A veces, el narrador textualiza al *yo-no-narrador*, al *yo-en-el-pasado*, lo que le permite obtener más fácilmente todavía los beneficios de la intersemioticidad, gozar del prestigio y la credibilidad de un escritor reputado.

En algunas ocasiones, muy pocas en total, el narrador se presenta en sincretismo con otros Sujetos, como cuando dice: "Sabemos ya, y acaso lo hemos creído siempre, que la infancia no se enturbia a sí misma, y hemos adquirido un respeto al niño, loable, en verdad, si no alcanzase los linderos de la idolatría". Sin embargo, se separa inmediatamente de ese Sujeto cognitivo común. Inmediatamente, el nosotros general se divide en el "se" anónimo y en el "yo" del narrador, opuestos además por sus respectivas apreciaciones.

En otro momento, el narrador se engloba en un "nosotros" que significa *todo el mundo*. Es un pasaje significativo, en el que el narrador hace a *todo el mundo* responsable de la consecución de la justicia social y cultural mediante el Socialismo. Es decir, un *todos* que es Sujeto de un *deber hacer social* del que el narrador participa. El narrador se incluye igualmente en el *nosotros colectivo* de los españoles que padecen la tragedia de la guerra civil a causa de la "reacción" contra la "patria" de las "juventudes viejas".

El enunciador implícito construye al narratario como Destinatario de la manipulación del narrador, pero no le manifiesta de modo continuado. A veces nombra al Destinatario —de la persuasión— como si se refiriese a un no narratario. El narrador dirige su discurso a un Sujeto a quien a veces designa como "vosotros, jóvenes socialistas unificados", como "(vosotros), amigos queridos", "jóvenes verdaderos (vosotros)", pero a quien otras veces no designa, no manifiesta. Otras veces, no le da un nombre en vocativo, ni textualiza sus pronombres, y habla como un narrador que da consejos a la juventud, a los jóvenes, que trata de ellos, pero haciendo de ellos y de su estado no un narratario, sino un *no-narratario*, un *ellos-ahora-aquí*, un "los jóvenes", un "la juventud". En el "D.A.L.J.S.U.", esta disociación discontinua desempeña la figura de la *provocación*, una de las cuatro estructuras del *hacer persuasivo*, que el presente artículo aborda más adelante.

El "un joven" del párrafo inicial da paso a un "adelante con vuestra juventud", a un "vuestra faena juvenil (...) nadie la hará si vosotros no la hacéis". Sin embargo, ese "vosotros" no es el *vosotros-narratario-1.º*, sino el "vosotros" al que el *yo* del narrador 1.º se ha dirigido en otras ocasiones con un enunciado que ahora refiere en "estilo directo"; con un enunciado 2.º, cuyos narrador y narratario son, por lo tanto, 2.ºs. Hay un narratario 1.º, "vosotros, jóvenes socialistas unificados", al que se dirige el *yo-ahora-aquí*, y también hay un "vosotros", narratario 2.º, al que se dirigió un *yo-ahora-aquí*, narrador 2.º, distinto del 1.º salvo en su persona; es decir, un narrador 2.º no correferencial con el primero.

Sólo después de citar ese antiguo discurso suyo, un discurso repetido, "dicho (desde) siempre" por el *yo* a *los* jóvenes, sólo después de referirlo, textualiza el narrador al narratario (1.º), al "amigos queridos", "jóvenes socialistas unificados". Ello sucede en el tercer párrafo y es una manera adicional de adquirir *legitimidad* y *verosimilitud*, esta vez no general, sino específica, ante un narratario juvenil: el narrador recuerda que desde hace tiempo se ha dirigido a los jóvenes, que les conoce, que ha pensado en ellos, que es alguien que mantiene su discurso y su reflexión positiva sobre ellos. Todo lo contrario de un oportunista o de un cualquiera.

Tras esta estrategia veridictoria, el narrador vuelve a textualizar discontinuamente al Destinatario de su manipulación como un *no-tú*, como un *no-narratario*: "Sólo la edad generosa (...). Sólo los jóvenes verdaderos (...); sólo ellos". Vuelve a hablar de "los" caracteres juveniles, y no de *vuestros* caracteres juveniles. Como se ha señalado, con ello se alza la figura de la *provocación*.

Existen otras estructuras narratológicas en la disposición de los papeles en cuanto al uso del lenguaje que obedecen al *hacer creer* en el "Discurso". Si el narrador es el persuasor manifestado, sus oponentes son —según él— la "educación perversa", la "reacción", la "vejez misma"; son los Antimanipuladores, los Destinadores de propuestas contrarias o contradictorias con las suyas. El narrador los textualiza sin ambages, los identifica. Les concede el papel de *no-narradores-ni-narratarios*; sólo dos veces los convierte en narradores segundos dándoles la palabra.

La primera vez es cuando la "educación perversa" se dirige en discurso directo a un joven, a cualquier joven, para recomendarle: "procura ser viejo lo antes posible". Una educación para la juventud hecha contra la juventud. Antes de calificarse a sí mismo como persona autorizada para dirigirse a sus oyentes, el

narrador descalifica a sus adversarios. A menor credibilidad de los que convierte en sus oponentes, mayor verosimilitud suya.

Cuando hace de Lerroux un narrador 2.º, es para poner en evidencia la inmoralidad de su discurso. Su frase —"ensanchar la base de la República"—, convertida en una antífrasis por los enunciados anteriores, aparece una vez que Lerroux ha sido descrito como *viejo, antirrepublicano*, enemigo de los valores colectivos del "pueblo".

Quizá el instrumento narratológico del que más se sirve el narrador-Manipulador para obtener el efecto de lo "verdadero" en su discurso es la apreciación —o "focalización" o "punto de vista"—. Si el "D.A.L.J.S.U." no es una polifonía en el sentido de contraste de Sujetos que narran, si no es una polifonía de narradores, pues apenas hay multinarración, sí que es sin embargo, una polifonía de apreciadores. En el texto no "habla" casi más que el narrador 1.º, pero ese narrador hace opinar a muchos Sujetos, apreciadores o responsables del saber, el sentir, el decir, el creer o el percibir que él —el narrador— les adjudica. Obviamente, ello se manifiesta gracias al discurso indirecto. Este recurso a la polifonía por multiapreciación se contrasta con el tipo de apreciaciones que el narrador a sí mismo se atribuye. Mediante ellas desvela ininterrumpidamente las falacias en las opiniones de los demás.

Esta multiapreciación regida por la apreciación del narrador está asociada al carácter humano, de proximidad y transparencia de dicho narrador; un carácter obtenido por la comunicación de sus dudas y por su decirlo todo, hasta lo innecesario y casi inconveniente, como su rechazo del marxismo. Estas actitudes hacen de su discurso algo similar a una *confesión*, un discurso donde se fabrica la figura del *yo sincero*, del *yo veraz*.

En el teatro de apreciaciones que es el "D.A.L.J.S.U.", predomina su persona, presente de cuatro formas distintas: las apreciaciones exclusivas del narrador, del *yo-ahora-aquí*; las del *yo-no-narrador*; las que se presentan como comunes al narrador y al *yo-no-narrador*, al *yo de ahora* y al *yo de antes*, es decir, las del *yo de siempre*; y las comunes al narrador y a ciertos *no-yo*.

Las opiniones del *yo en el pasado* se presentan siempre conformes con las del narrador; nunca hay contraste entre ellas. Ello le da coherencia y fiabilidad al "Discurso". El narrador afirma además, que el *yo del futuro* seguirá teniendo "es muy posible", las mismas opiniones acerca de los temas que ahora trata.

El *yo* que piensa lo mismo que los demás —un *los otros* diferente, en principio, del narratario— es momentáneo, aparente.

El narrador juzga sin descanso las opiniones que atribuye a los demás. Lo que para muchos parece y es de un modo, para él parece de ese modo, pero es de otro. El narrador desvela como "mentirosas", en términos semióticos, las opiniones que juzga perjudiciales para los jóvenes. Rompe las apariencias, hace abrir los ojos. Esta posición de dueño de un *metasaber* le hace sugestivo.

El consejo que parece superfluo —que los jóvenes lo sean realmente— no lo es, dice. Los que lo creen, están equivocados. A veces, como en la línea siguiente, el desenmascaramiento afecta a un "secreto" y no a una "mentira": la educación que hace que los jóvenes actúen como viejos no parece perversa —porque su consejo está implícito—, pero lo es. Se cree que lo negativo de los jóvenes tiene un origen juvenil; esa "verdad" es para el narrador una "mentira": la "turbulencia"

accede a ciertos jóvenes desde la "educación perversa" y desde la "reacción". Todo el "Discurso" es un desvendar la vista del narratario.

Ironías

El narrador recurre poco a la ironía; seguramente porque es menos didáctica que el contraste explícito de dos apreciaciones, es decir, de dos predicaciones opuestas atribuidas a dos apreciadores distintos. La ironía suele dejar elíptica la apreciación del narrador y se presta por ello a ser mal entendida por un enunciatario efectivo poco competente o distraído. Además, en la ironía, la apreciación elíptica del narrador suele contradecir, contradice, la apreciación explícita del no narrador, reduce al absurdo la opinión del otro y la niega, pero no aporta una apreciación nueva que pueda ser asumida por el narratario. A éste le resulta difícil "identificarse" con el narrador porque, aunque acepte su ironía, no encuentra una apreciación con la que conformarse.

El narrador va haciendo opinar a los Antimanipuladores, a los jóvenes-narratarios, a los jóvenes no narratarios, al "se" de la opinión común, al marxismo, etc.

Paradójicamente, el narrador, que tiene ese *hiper-saber*, no se presenta como poseedor de la verdad, sino del "acaso", del "a mi juicio", del "es muy probable", del "tal vez", del "es muy posible", del "puede ser". Aparece como un Sujeto que sabe que la certeza es gradual y no categórica. Sin embargo, cuando habla del Socialismo, su certeza es máxima: sabe "con entera claridad", "claramente", que es necesario para que se alcance la justicia social en lo económico y en la cultura. A los J.S.U. les dice: "no lo dudéis", "es una etapa inexcusable", es una "faena (...) absolutamente intransferible". Igualmente, sin vacilar en ello, cuando habla de la disciplina, se sitúa del lado de la necesidad del *deber ser*.

El apreciador-narrador 1.º pierde las dudas al enfrentarse a los valores que definen a su narratario. Es otra manera de hacer persuasivo su "Discurso". La axiología de valores desde la que aprecia parece común a la que sería esperable del narratario. Presentando su ideología como conforme con la de su oyente implícito, el enunciador se hace aceptable como Manipulador y hace más admisible el programa propuesto en su enunciado.

Isotopías

De los valores profundos, no figurativos, que están en juego en el "D.A.L.J.S.U.", pueden destacarse los de tres categorías: lo *puro*/lo *degenerado;* lo *colectivo*/lo *individual*; lo *joven*/lo *viejo*. Estas tres categorías semánticas están subordinadas por una más general, que puede ser arbitrariamente denominada *ética;* se articula en *deber ser/deber no ser;* una modalidad alética que implica un *deber hacer* y un *deber no hacer*.

La isotopía de lo *puro* y lo *degenerado* desarrolla el tema de la guerra y los recorridos figurativos de la construcción y de los animales.

La isotopía de lo *colectivo* y lo *individual* articula los temas de lo social, de la justicia, y de la filosofía.

La isotopía de lo *joven* y lo *viejo* jerarquiza el tema de la disciplina, y, por lo tanto, los recorridos figurativos del ejército, del mar y de las autoridades.

Lo *ético*, el *deber ser* está inseparablemente unido a lo cognitivo y es, como se sabe, difícilmente distinguible de lo estético.

El narrador, que se sitúa plenamente en las categorías que propone, parece reservar especialmente una para su marco narrativo: la de la *estima* o *reconocimiento* frente al *desprecio*. A ella pertenecen tanto sus metafóricas imprecaciones como sus saludos, respetos, cordialidades, simpatías y admiraciones. Esta isotopía no es más que una variante "oratoria" de la categoría *atracción/repulsión*; con ella expresa el narrador-Manipulador las sanciones cognitivas en las que se ayuda para *hacer hacer*.

El nivel semántico-discursivo del "Discurso" se organiza desde los valores más generales mencionados hasta los más figurativos, descritos en lo icónico, como el "caño sucio", la "flor de patinillo" o el "camino".

El recorrido figurativo de lo religioso se escinde en los valores positivos y negativos de las tres isotopías que organizan lo ético.

Narrador y narratario coinciden, según el narrador, en el esquema axiologizado como positivo de las tres oposiciones de valores semánticos fundamentales: /pureza/, /valores colectivos/, /juventud/. Lo *joven* se transforma en semánticamente equivalente a lo *socialista* gracias a lo *puro* y a lo *colectivo*.

Las figuras de la manipulación

El Manipulador presenta a su Destinatario un programa narrativo que consiste en la adopción por éste de los valores éticos. Lo alético —el deber ser— y lo deóntico —el deber hacer— son el Objetivo de Valor de la manipulación. El hacer es la justicia, a través del Socialismo.

Para que el Destinatario quiera adoptar este programa, el Destinador-narrador le adula, le "seduce": "jóvenes verdaderos", les llama, "reconociéndolos". Si en el enunciado hay un reconocimiento implícito del narratario al narrador basado en la capacidad que el épistémé concede a éste, hay también un reconocimiento explícito del narrador al narratario que consiste en expresarle su adhesión.

El Destinador usa también la "provocación". No duda de la capacidad del narratario para asumir ese *deber hacer*, pero le propone dos simulacros de juventud, el de los jóvenes puros y el de los degenerados. Cuando el narrador se refiere a los "jóvenes verdaderos" y disciplinados no siempre los designa como si fuese su narratario. De ese modo, el Destinatario se ve obligado a optar por una imagen positiva de sí mismo, que conlleva el *deber hacer*.

El Manipulador "tienta" con la justicia, el socialismo, el Ideal, lo colectivo, lo puro, la disciplina, la verdad.

Al mismo tiempo, "intimida" con los contravalores negativos de la desigualdad, el materialismo, el individualismo, lo degenerado, la anarquía, lo erróneo.

El Destinatario implícito en el "D.A.L.J.S.U.", el oyente modelo, está abocado a realizar un hacer interpretativo en el que elige *querer y deber adoptar* ese imperativo ético, que no hace más que confirmarle en los valores "propios" de la agrupación a la que pertenece.

El texto hace pensar en la oposición que Eric Landowski establece entre la propaganda de los partidos políticos que se presentan como Destinadores del programa electoral que proponen al ciudadano —"Esto es lo que conviene al país"— y la de los partidos que se presentan como instrumento del pueblo del cual dicen asumir sus reivindicaciones en un programa electoral —"Nuestro partido hará esto que el país reclama—. En el "D.A.L.J.S.U." el Destinador del Programa Narrativo no es tanto el propio narrador como el destinador —la Justicia— de la ideología —el Socialismo— del narratario, las Juventudes Socialistas Unificadas.

Final

Hay en el "Discurso" un hacer "prepropagandístico" que, a través de las figuras retóricas, de lo anecdótico y de la iconización referencial capta y mantiene la atención del oyente. Tras ello, en otro nivel, actúa la persuasión propiamente política, "propagandística". En ella se encuentra en primer lugar —prioridad lógica; no espacial o temporal— un *hacer creer* que busca la veridicción o efecto de "verdad" inmanente, basándose en la figura de un narrador capacitado moral, social y culturalmente para aconsejar, condenar y elogiar; y desarrollando un marco comunicativo de *sinceridad* y de *desvelamiento de falsas apariencias* mediante abundantes sanciones internas.

En segundo lugar, en la persuasión "propagandística", el enunciador implícito, además de hacer creíble a su narrador, ofrece al enunciatario implícito valores positivos y negativos, y dos imágenes, una elogiable y una condenable, de su Destinatario. En el "Discurso", el enunciatario implícito asume el *programa ético* sin lugar a dudas. Ahí termina el discurso.

Otro tipo de preguntas hubiese sido: ¿Cómo recibieron el "Discurso" los enunciatarios efectivos? ¿Quiénes eran? ¿Quién presentó al orador aquel 1 de mayo de 1937 en la Casa del Pueblo de Valencia? ¿Qué compromisos tenía el enunciador efectivo Antonio Machado para pronunciar ese discurso? ¿Hay variantes entre el discurso que publicó en el libro *La guerra* y el que leyó en Valencia? ¿Qué efectos produjo este discurso en la España franquista? ¿Y durante la transición? ¿Qué sentimientos nos produce hoy a nosotros cincuenta años después de la muerte del poeta? Preguntas interesantes, pero muy alejadas del que era nuestro objetivo aquí: ¿Cómo se genera la significación en el "D.A.L.J.S.U."?

NOTAS

Este artículo está dedicado a las señoritas Maite Pérez, Mercedes Núñez y Reyes Ponce.

El autor agradece las lecturas y las sugerencias de los profesores Santos Zunzunegui, Hernán Urrutia y Marta Palenque.